

**R.P.G.
(JUEGO DE ROL)**

Miyuki Miyabe

**Traducción:
Purificación Meseguer**

**QUATERNI**

Título original: R.P.G.
Copyright © 2001, Miyuki Miyabe
All rights reserved

Copyright © 2012 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo
por acuerdo con Miyuki Miyabe c/o The Wylie Agency
Traducción de la edición en lengua inglesa:
Shadow Family. English translation copyright © 2004, by Juliet Winters Carpenter.

Traducción: Purificación Meseguer Cutillas

© Quaterni es un sello y marca comercial registrado

R.P.G. (Juego de Rol). Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright.

ISBN: 978-84-937770-9-8
EAN: 9788493777098
BIC: FF

QUATERNI
Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.
Diseño de colección: Quaterni
Diseño de cubierta: Juliana Raigosa Montoya
Imágenes © Shutterstock
Maquetación: Grupo RC
Impresión: Gráficas Deva, S.L.
Depósito Legal: M-16628-2012
Impreso en España

16 15 14 13 12 (5)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

Juego de Rol: (Traducción del inglés RPG, Role-Playing Game). Juego en el que uno o más jugadores desempeñan un determinado rol, papel o personalidad.

Autor: Kazumi 10/08 20:15

En estado de shock

Han salido las notas de los parciales. ¡Qué desastre! No me lo esperaba, la verdad; he estudiado muchísimo. Y ahora tengo que ir a hablar con el profesor. No es justo. No es que me pase el día haciendo el vago precisamente. Hay un montón de chicos que no dan un palo al agua, pero soy yo quien saca esta birria de notas. ¿Por qué? Papá me dijo que si me esforzaba acabaría teniendo mi recompensa. Menuda trola. Estoy tan enfadada que no puedo dormir.

Autor: Papá 10/08 23:38

Anímate

Kazumi, sé que has estudiado mucho para estos exámenes. Es una pena que no hayas sacado mejores notas, pero mantengo lo que te dije: todo esfuerzo tiene su recompensa. Puede que esos compañeros tuyos que parecen pasarse el día haciendo el vago hinquen los codos cuando nadie los ve. ¿Se te ha pasado por la cabeza alguna vez? En cualquier caso, yo creo que cometes un error comparándote con los demás. Tú preocúpate por tus cosas.

Por cierto, ¿con quién tienes que ir a hablar? ¿Con tu tutor? De todos modos, ya es hora de que le comentes los planes que tienes para la universidad. Si puede haber una tercera persona presente, me gustaría asistir. No te olvides de avisarme. E intenta animarte, anda.

1

Se oyó un ligero golpe antes de que se abriera la puerta de la sala de reuniones. Etsuro Takegami se puso de pie; su silla de metal chirrió contra el suelo. Sin embargo, no tuvo tiempo de articular palabra porque Chikako Ishizu se le adelantó:

—Ha pasado mucho tiempo. —Estaba junto a la puerta e inclinaba la cabeza con mucha educación. Pero cuando levantó la vista de nuevo, sonreía de oreja a oreja. Ni rastro de incómodas formalidades.

—Unos quince años —contestó Takegami con una cálida sonrisa mientras rodeaba la enorme mesa y atravesaba la habitación para darle la bienvenida.

El detective Tokunaga, que se levantó imitando a Takegami, observaba con atención la escena. Una joven policía que había acompañado a Chikako a la sala, retrocedió un paso y adoptó una postura erguida. Actuaba con resolución; estaba nerviosa.

—Anoche saqué un viejo periódico para salir de dudas —prosiguió Takegami—. Han pasado exactamente

quince años y ocho meses desde la última vez que trabajamos juntos.

Las mejillas rechonchas de Chikako se relajaron cuando tendió la mano derecha. Takegami la estrechó con cariño.

—¿Tanto tiempo ha pasado? —preguntó—. Me alegra ver que sigues en la brecha. ¿Cómo está la familia?

—Bien. Mi mujer te manda saludos.

—Dile que esa receta de tortilla de patatas que me dio aún sigue siendo muy popular entre los míos —repuso Chikako aparentemente contenta.

Una sonrisa iluminó el semblante adusto de la policía más joven. Chikako hizo las presentaciones.

—Esta es la agente Mikie Fuchigami, del distrito de Suginami.

La agente Fuchigami saludó con un taconazo en el suelo.

—¿Cómo está? Encantada de conocerlo, señor.

Era alta. Medía más de metro setenta y tenía un cuerpo atlético.

—Tras el asesinato, se unió a la patrulla de refuerzo que vigilaba la casa de Tokoroda. Estuvo conmigo varias noches y entabló amistad con Kazumi. La escoltó durante una temporada, cuando iba y venía del instituto ¿verdad? —miró a la joven esperando confirmación.

—Así es —respondió con tono eficiente—. Pero solo durante unos pocos días.

Takegami asintió.

—Celebro que haya venido, agente. A Kazumi le alegrará ver una cara familiar hoy.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Aunque hablaba con tono formal, a la agente Fuchigami se le arrebolaron las mejillas ante aquella inesperada muestra de cordialidad. Takegami tenía una hija de su edad que no conocía la timidez. La ingenuidad de la agente le resultó alentadora.

—¿Dónde está Shimojima? —inquirió.

Todos, incluido Tokunaga, se acomodaron en las sillas que había dispuestas alrededor de la mesa de reuniones.

—En el despacho del jefe, hablando por teléfono con el comisario Kasai —respondió Chikako, encogiéndose de hombros.

—¿Repasando el plan?

—Ajá. El comisario lo tiene todo controlado, así que no tenemos de qué preocuparnos. Al jefe, sin embargo, le ha entrado miedo.

—No podemos culparlo —dijo Tokunaga con una risita seca—. Esta maniobra es una locura.

—¡Pero bueno! —exclamó Chikako con socarronería—. Menuda forma de hablar. Con lo guerrero que tú eres. —Tokunaga y Chikako se conocían desde hacía pocos días, pero se sentían muy a gusto el uno con el otro.

Quince años y ocho meses era tiempo suficiente para que la vida de uno experimentase cambios apabullantes y, así y todo, Chikako parecía la misma de siempre, reflexionó Takegami. Se acordó de la Brigada

de Investigación de Incendios del Departamento de Policía de Tokio, donde todos la conocían por el sobrenombre de «Mamá».

—Bueno, parece que nos lo vamos a pasar en grande —dijo Tokunaga aún entre risas. No tardó en lamentarlo—: Lo siento. No ha sido muy apropiado por mi parte. Te pido disculpas.

Chikako le lanzó una sonrisa.

—Por cierto, ¿qué hay de la operación de vigilancia? ¿Has...?

Takegami se apresuró a interrumpirla:

—Hemos contactado con nuestro hombre. Está listo.

—He oído que se trata de alguien de tu equipo.

—Se llama Torii. Un hombre serio. Podemos contar con él.

El teléfono sonó. La agente Fuchigami se puso de pie y contestó. Dijo unas cuantas palabras y miró rápido a Takegami.

—Es el capitán Shimojima, señor —dijo—. Quiere verle en el despacho del jefe de policía.

—Bueno. —Takegami se dio una palmada en las rodillas y se levantó—. Que empiece el espectáculo. Quizá no estaría de más avisar a su director.

Aquel último comentario sobraba, pero Takegami lo había hecho a propósito. Todos lo entendieron perfectamente. Actuaban como si no pasara nada, pero él sabía perfectamente que en el fondo todos estaban nerviosos, impacientes por entrar en acción.

2

Sucedió veintidós días atrás, en la noche del veintisiete de abril.

Varias personas discutían a voces en un barrio residencial en Niikura 3-*chōme*¹, distrito de Suginami, cuando se oyeron los gritos de una mujer. Alguien denunció los hechos desde la caseta de la policía Niigama, en Yamano, en el mismo distrito. La denunciante no marcó el 110, el número de emergencia de la policía, sino que se puso directamente en contacto con la policía municipal.

La persona que dio la alarma fue Tomiko Fukada, una residente de Yamano 1-*chōme* de 52 años. Proporcionó su nombre y dirección en el momento de la llamada. Como presidente de la sección femenina de la asociación de vecinos, Tomiko se había involucrado en

¹ Subdivisión de las ciudades japonesas utilizada para localizar una dirección. *Chōme* designa las distintas zonas de un mismo barrio (N. de la T.)

las iniciativas de vigilancia contra los actos delictivos cometidos en el vecindario. Fue así como llegó a conocer a varios policías municipales. El oficial Kazunari Sahashi, de 55 años, que respondió a la llamada, conocía a la mujer personalmente y se tomó muy en serio el aviso: en cuanto colgó el teléfono, se montó en su bicicleta y pedaleó hasta el lugar de los disturbios.

Yamano y Niikura son distritos limítrofes orientados en un eje este-oeste. Cuando, seis años atrás, instalaron una nueva caseta de policía entre ambos, la bautizaron con «Niiyama», una combinación de los dos nombres. Los vecindarios de Yamano 1-*chōme* y Niikura 3-*chōme* no podían estar más cerca el uno del otro, separados solo por una reguera de apenas un metro de ancho, un vestigio de los días en que no había más que tierras de labranza en las inmediaciones.

La casa de Tomiko Fukada daba a la acequia. Según dijo, el alboroto de la discusión procedía de una obra al otro lado de la calle donde se habían levantado tres nuevas casas lindantes. El oficial Sahashi se fue derecho a la obra pasando por la carretera de Yamano 1-*chōme* donde se situaba la casa de Fukada. Tomiko estaba en la puerta esperándolo y cuando lo vio llegar agitó la linterna que llevaba en la mano. Él se acercó y le pidió que regresase adentro.

—¡Es ahí! ¡Justo ahí! —exclamó apremiada, señalando con la linterna una casa a medio construir, oculta tras una lona de vinilo de color azul. Quedaba a un tiro de piedra de donde se encontraban—. Me asomé por la ventana cuando oí el vocerío. Entonces, distinguí los

gritos de una mujer. Y segundos más tarde, alguien emergió desde detrás de la lona.

A Tomiko Fukada se la veía bastante nerviosa y preocupada, de modo que el oficial Sahashi le pidió una vez más que regresase adentro y se quedara allí. Acto seguido, se marchó en su bicicleta, atravesó el puente de hormigón que permitía franquear el canal, subió la cuesta y se apeó al llegar a la lona de vinilo azul que cubría las construcciones en obras.

Yamano y Niikura eran distritos residenciales donde las hileras de casas creaban un paisaje urbano nuevo y cambiante muy parecido al de cualquier distrito residencial de la zona metropolitana. El suelo pertenecía a granjeros tradicionales y acomodados que, hasta hacía bien poco, promovían activamente la agricultura en zonas suburbanas; por lo tanto, se habían acondicionado y vendido muy pocos terrenos para la construcción de viviendas.

Desde luego, aquello había beneficiado a la comunidad. Pero durante la última mitad de la década de los noventa, el impuesto sobre sucesiones y donaciones, elevado de por sí, subió tantísimo que muchos propietarios se vieron obligados a vender. Las promotoras inmobiliarias y los pequeños constructores entraron rápidamente en escena: los primeros erigieron grandes complejos de viviendas; los segundos hicieron aflorar islotes de casitas prefabricadas, que comercializaron bajo el lema «su chalé en la ciudad».

Las vistas áreas del distrito Yamano-Niikura siempre ostentaron campos de cultivo que se extendían

interminables y verdes, salpicados con pequeñas zonas residenciales donde los muros y las vallas de tonos chillones asomaban como pinceladas de colores en un lienzo puntillista. Era una especie de insólito mapa colorido en plena metrópoli. Pero esas extensiones verdes empezaron a desaparecer una tras otra, dejando libre un espacio que en el que no tardaron en brotar pequeños barrios residenciales. Por culpa de la reciente atonía del mercado, los nuevos puntos de color ya no estaban tan unidos y concentrados como los antiguos. Ahora más bien daba la impresión de tratarse de un lugar raído y solitario.

Las tres casas a medio construir que se ocultaban tras la lona de vinilo azul que el oficial Sahashi estaba a punto de inspeccionar pertenecían a un mismo punto diminuto. El constructor y promotor era Yamada Construction, una compañía conocida por sus precios desorbitados pero también por la solidez de sus edificios. El logo de la compañía, el esbozo de un pájaro amarillo construyendo un nido en una rama, estaba impreso en la tela.

En cuanto se apeó de la bicicleta y encendió su linterna, lo primero que llamó la atención de Sahashi fue ese maldito pájaro. Si anidaba en un árbol, a la fuerza debía de ser un pájaro salvaje y, sin embargo, a juzgar por el dibujo, uno juraría que se trataba de un canario. Esta incongruencia fastidiaba a Sahashi, observador de aves en su tiempo libre, cada vez que patrullaba por aquella zona. Y en ese preciso momento en que reparaba en el molesto detalle, se dijo para sus adentros, como

más tarde contaría a un colega, que en una situación de emergencia el cerebro retiene una impresión vívida de hasta los detalles más insignificantes.

Acababan de completar el envigado de las tres casas. No había tejado provisional; el método que solía emplearse en la construcción de esas casas prefabricadas rara vez necesitaba uno. Por esa misma razón, era esencial cubrir la construcción inacabada con lona de vinilo para proteger los cimientos y columnas de la intemperie. Yamada Construction tampoco decepcionaba en este punto; se podía ver a kilómetros de distancia que la tela estaba bien afianzada.

Hasta su venta a Yamada Construction, tres años atrás, las tierras fueron propiedad de los Eguchi, una familia de granjeros acaudalados. Era pequeña para ser una parcela de cultivo, apenas medía un cuarto de acre. La familia no vendió sus tierras ni siquiera después de abandonar la agricultura a mitad de la década de los ochenta, cuando se mudaron. A cambio, las dividieron en parcelas de un metro cuadrado que alquilaron como huertos. Sahashi fue asignado a aquella zona justo cuando instalaron la caseta de policía Niiyama y conocía bien los huertos de alquiler. Algunos producían generosas cosechas de tomates y berenjenas, de formas extrañas pero exquisitas, mientras que en otros, quizá en manos de granjeros novatos, solo crecían plantas que se marchitaban y no daban nunca frutos.

En esos momentos, sin embargo, aproximadamente la mitad de los huertos estaban vacíos. Las tres casas en construcción, aisladas en el extremo suroeste, ocupaban

un cuarto de una parcela rectangular como una tableta de chocolate.

Fuera lo que fuese lo que Tomiko Fukada hubiera visto u oído minutos antes, había desaparecido. El lugar estaba desierto y en silencio. El oficial Sahashi cruzó el camino de tierra; rodeó el perímetro de la obra con la ayuda de la linterna. Todo en orden en la casa que quedaba a la izquierda. Todo en orden también en la del centro. Nada que señalar en la casa de la derecha.

Trazando un círculo de luz con la linterna, enfocó una vez más el logo del pajarito amarillo. Pero conforme el haz de luz se movía de izquierda a derecha, divisó algo en la punta de una de las alas del ave. Parecía una gota. Quiso echar un vistazo más de cerca. Entonces se dio cuenta de que había más de una. Manchas oscuras, todavía frescas... «Sangre», pensó.

Hasta ese momento, no se le había pasado por la cabeza apartar a un lado la lona y entrar. Puede que Tomiko Fukada hubiese visto a alguien salir de allí, pero ahora no había signos de presencia humana por ninguna parte. Y es que entrar en una obra sin un motivo válido podía derivar en problemas con los constructores, aunque fueras policía. De haber tenido la opción, habría preferido evitarlo.

Pero ya no podía dar marcha atrás. Dio un tirón a la lona, pero estaba bien sujeta; pudo levantarla unos cincuenta centímetros desde el suelo, nada más. Los constructores se habían encargado de asegurar la obra. Se tumbó y se arrastró hacia adelante como si avanzara serpenteando por una tubería.

No tuvo que ir muy lejos. El cadáver estaba en el suelo, a la vista. Un hombre vestido con traje yacía retorcido, con los brazos ligeramente doblados sobre la cara, y las piernas extendidas con torpeza. Junto a su cabeza, que descansaba de lado, había un maletín.

El olor cobrizo de la sangre ahogaba el aroma a madera fresca.

Por instinto, Sahashi se llevó la mano a la porra y echó un vistazo al reloj. Las manillas luminiscentes marcaban las 22:29. Barrió el espacio con la linterna y distinguió un resplandor a unos dos metros del cuerpo. Avanzó con precaución, iluminando el suelo con la linterna. Un cuchillo con una hoja de unos quince centímetros yacía allí; el mango y el filo estaban ensangrentados. Una vez que hubo examinado lo suficiente el lugar, retrocedió hasta la lona, se arrastró hasta el exterior y avisó por radio.

Tras informar del funesto hallazgo y por medio del contenido del maletín y otros efectos, pudo determinar rápidamente la identidad de la víctima: Ryosuke Tokoroda, de 48 años.

Según explicó el agente Sahashi más tarde, había algo más. Un detalle insignificante. El vecindario estaba muy tranquilo esa noche. La familia de la víctima, que vivía en Niikura 2-*chōme*, debió de haber oído la sirena del coche patrulla que solicitó a través de la radio. El pensamiento le resultó desgarrador.

Otros libros de la autora:



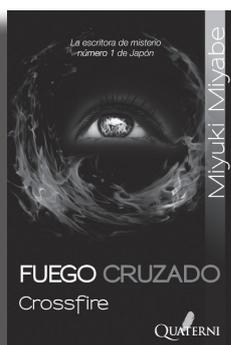
La Sombra del *KASHA*

Cuando una hermosa joven se desvanece en Tokio, el prometido de esta pide ayuda a su tío, inspector de policía, con la esperanza de que lo ayude a encontrarla. El detective no tarda en averiguar que la joven no es quien dice ser y oculta un oscuro pasado.

Su búsqueda lo llevará a recorrer las ciudades más importantes de Japón y sumergirse de lleno en el peligroso submundo financiero donde las deudas astronómicas y la Yakuza empujan a las personas al borde de la desesperación, a cometer actos al margen de la ley, e incluso al suicidio.

En este escenario, gastos desmesurados, bancarrotas personales, identidades robadas y prestamistas sin escrúpulos conforman una mezcla letal.

Con esta novela de suspense, Miyuki Miyabe se convirtió en una de las autoras más leídas de su país, ganando además el prestigioso premio Shugoro Yamamoto, y obteniendo el galardón de Mejor Novela de Misterio y el de Libro del Año en Japón.



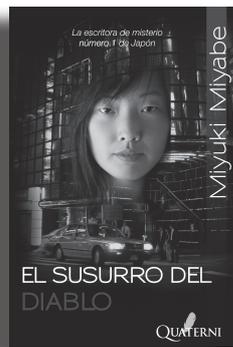
Fuego Cruzado (*Crossfire*)

La joven y bonita Junko Aoki nació con el don de la piroquinesis: la capacidad de provocar incendios por medio de la mente. Junko aprendió a controlar su poder y a utilizarlo para ajustar cuentas con los criminales a los que la justicia no pudo meter entre rejas.

Un fortuito encuentro la llevará a buscar a una joven secuestrada por una banda de depravados. El macabro rastro de cadáveres que Junko deja tras de sí, atrae la

atención de dos grupos muy diferentes: una sociedad secreta conocida como los Guardianes y la Brigada de Investigación de Incendios del Departamento de Policía de Tokio.

La detective Chikako Ishizu afronta con desconcierto este caso. Su mente racional se va encontrando con evidencias de los poderes piroquinéticos de Junko, poderes en los que se resiste a creer. Abrumada por los numerosos cuerpos carbonizados que encuentra a medida que la investigación avanza, se adentrará cada vez más en un caso que desafía toda las leyes de la lógica. Entretanto, mientras la lucha que Junko libra contra el crimen gana en intensidad, ésta se va dando cuenta de que cada vez es más difícil decidir sobre la vida y la muerte de los inocentes que caen víctimas del fuego cruzado.



El Susurro del Diablo

Tres muertes se suceden en un breve intervalo de tiempo: una chica salta desde la azotea de un edificio de seis plantas; otra, cae del andén al paso de un tren; y una tercera es atropellada de noche por un taxi. Pero ¿qué relación guardan estos tres casos? ¿Accidentes, suicidios... o asesinatos?

Mamoru, un joven de dieciséis años, tratará de desenmarañar el misterio. Su tío es el taxista que ha atropellado a la tercera víctima y se encuentra en prisión preventiva, acusado de homicidio involuntario.

Decidido a ayudar a su tío y limpiar su buen nombre, el astuto joven descubre que la chica que encontró la muerte bajo las ruedas del taxi participó en una despiadada estafa, y que tres de las cuatro mujeres involucradas en la misma ya están muertas.

Cuando un influyente empresario se presenta ante la policía para desvelar nuevas evidencias que dan un vuelco a la investigación, Mamoru comienza la búsqueda de la única superviviente, que es también el siguiente objetivo del asesino.

Y, entonces, el asesino contacta con él...